

*What though the radiance which was once so bright  
Be now for ever taken from my sight,  
Though nothing can bring back the hour  
Of splendour in the grass, of glory in the flower;  
We will grieve not, rather find  
Strength in what remains behind...*  
WILLIAM WORDSWORTH

A Marco y Caetano Spinetta

A veces el hielo quema. Y el fuego está más frío que la madre que lo parió. Un disparo no quema, un disparo es una punzada fría. Una herida de bala parece una hoguera que mana sangre por todas partes, pero no es eso, y yo lo puedo atestiguar de buena fe, una herida de bala es un estanque frío flotando encima de la piel.

Cómo no haberlo previsto antes. Quizás era demasiado joven. Y puede que haya dicho ya que venía de ver a Natalie Wood. Y eran los años ochenta, recién comenzaditos. Joder, cómo no querer unirse a la fiesta. Con un poco de dinero bastaba, créanme, no hacía falta mucho, sólo lo justo para ir de vez en cuando a Da Luz, para tomar unas cervezas, comprar algún libro, pasarse las tardes como hacía Pereira de café en café, viajar a las playas los meses de calor para ver a las chicas extranjeras.

Pero me impactó ver a Natalie Wood implorando, con los ojos ido por el deseo. Y puede que allí, en el cine Londres, comprendiera que el amor no es una cueva quieta y caliente que surca un cerebro más grande, inmensamente más grande, puede que allí comprendiera que el amor es más que nada una cosa que tiene que suceder en el futuro. Y ya he dicho que años atrás el futuro no tenía ninguna importancia.

Entré en el burdel despacio, fumando tabaco negro, ocultando que iba muerto de vergüenza. En principio sólo quería mirar. Tal vez tocar alguna cosa, pero algo dentro de mí me decía que algo iba a suceder, seguramente importante, me lo decía un extraño vértigo que tenía en los muslos y en el pecho. Yo pasé al *Club Sade* en búsqueda de Natalie Wood. Es así, lo crean o no. Yo quería que una mujer me mirara así. Como

miraba ella a Warren Beaty.

Todo sucedió bastante rápido, aunque también puede ser que el tiempo haya acelerado toda la secuencia. El impulso del tiempo, la única verdad. Había una música de jazz lejana, era sensual, pero también tenía algo de maldita, de premonitoria. La canción la recuerdo muy bien, *Forever blue nights*, de Richard Stark, pero la cantaba una cabaretera un poco entrada en carnes que tenía una voz parecida a la de Karen Niddle. Recuerdo que mientras sonaba la canción me quedé embobado mirando uno de los posavasos del garito. El nombre del burdel, *Club Sade*, estaba enmarcado por contornos de pintalabios. Tuve ganas de morder el posavasos. Fue entonces cuando salió a escena una mujer eléctrica y jugosísima que fue presentada con el nombre de Maribel. Tardó en desvestirse, tardó mucho, y en ese tiempo en el que esa latina irreprimible se iba desnudando mi destino iba adquiriendo una forma de torso salvaje. Intenté encontrar la mirada de Natalie Wood en sus ojos, negros como los cimientos de la madrugada, pero sólo entreví una chispa de orgullo, tal vez una mueca soberana de rencor. Sus labios se movían, como tarareando la canción que sonaba para su baile, una muy caribeña, pero yo creo que en realidad no hacía otra cosa que insultar a sus espectadores, uno por uno, llamarnos desgraciados a cada uno de nosotros. Tomé un whisky a palo seco. La boca se me puso engomada y el paladar me picaba como si hubiera comido algo con mucho condimento. Estaba tan ridículo en esa barra, lívido y fútil como una oración al unísono. Fingía que no miraba lo que en realidad estaba mirando. Ah. Empecé a desear tanto a esa latina. Quería toquetearla, decirle que me encantaba su mala leche, chupar sus pezones, tomarle la temperatura.

La camarera, una vieja con gesto colérico, pero con voz condescendiente, me dijo que no deseara con tanta fuerza aquello que no podía pagar. Me miró como si fuera mi madre, una madre un poco reprendedora, pero comprensiva, y me dijo que tal vez ya estaba bien. Que un chico tan joven... Que había chicas por ahí. Que sólo había que ser valiente, ser un poco tierno. Decirles la verdad, mirarlas con la verdad. En un principio me molestaron mucho sus palabras, absorbo como estaba yo en el culo de Maribel, queriendo formar parte de la fiesta. ¿Entienden ahora lo dije antes?, esa fiesta... Pero después, no sé, empecé a sentirme mal conmigo mismo. Le parezco un pajillero, le

pregunté. Y ella dijo que sí con la cabeza, tal vez censora, seguro que comprensiva.

Un hombre salido de una pintura de Hooper (rostro de boxeador, cerca de un billar, mirando cómo se consumía su cigarro en un cenicero de vidrio) vino hacia mí. De primeras me asusté mucho. Esa decisión con la que vino no presagiaba nada bueno. Se sentó a un palmo y se inclinó sobre mí. Tú a ésta ni caso, está resentida porque ninguno la mira ya. Si te gusta algo, hay que ir a por ello. Yo me quedé de piedra. Y la camarera se fue alejando. Joder, cuántas veces le he comentado al padre Berandela esa imagen de la vieja camarera, retrocediendo, mirándome con piedad, volviéndose luego hacia el estante de las bebidas y escogiendo una botella de ginebra para preparar un *gin fizz* a otro cliente, bastante mayor que yo, pero igual de pajillero. Cuántas veces he evocado ese retroceso, que en parte fue como una bajada a los infiernos. Me sentí más solo que nunca, a fin de cuentas hacía mucho tiempo que no tenía una madre.

El tipo me dijo que me apurara la bebida y que lo acompañara. Maribel ya había terminado la actuación y en la platea, en ese escenario donde se desnudaban las putas, de nuevo estaba la mujer entrada en carnes con la voz de Karen Noddle, ahora cantando algo miserablemente alegre, mientras las chicas del burdel les comían la oreja a los clientes, sentados en sus mesas, oyendo lo que querían oír, pagando como máquinas, con las manos sueltas y enloquecidas.

Subí por una escalinata que estaba al fondo del local, siempre detrás del tipo. Llegamos a un corredor iluminado con luces rojas, como buen burdel que se precie, aunque yo creo que se habían pasado un poco con la iluminación porque más que un prostíbulo aquello parecía una sala de revelado. Yo iba excitado como un iniciado, que no era ni más ni menos que lo era. Llegamos a una de las habitaciones y el tipo tocó a la puerta con la palma de su mano. Tal vez si hubiera tocado la puerta con sus nudillos otro gallo hubiera cantado. Esas son las cosas que delimitan el pasado del futuro, la manera de ejecutar las acciones normales son las que nos dan pistas sobre qué es lo que está por suceder.

Maribel abrió la puerta. Estaba con un pijama de felpa. Nada de minifalda ni de tiritas en los pezones. Era una cría de mi edad. En el escenario le habría echado, qué sé yo, diez años más. Pero enfrente de mí era una muchacha como yo, recién formada, con

frío, cobijada en un pijama de felpa. El tipo le dijo que qué hacía así. Y ella hablando con dificultades le dijo que había convenido con el patrón que hoy sólo haría el baile porque no se encontraba bien. Tonterías, dijo el tipo, te traigo un chavalito como tú. Trátalo bien. Maribel me miró con asco, a punto de llorar. Pero, pero... Que no se hable más, te lo metes contigo en la cama y, como siempre, todo lo que te pida, sin rechistar.

Me sentí como el mayor hijo de puta del planeta. Pero estaba más atemorizado que arrepentido. Creo que Maribel también lo notó y comenzó a sentir cierta lástima por mí. Pero no crean que eso hizo que el rencor desapareciera, más bien se incrementó. Porque la lástima hizo que no me odiara únicamente por ser un cliente inoportuno, sino como un muchacho inocentón que está a punto de cometer una estupidez. Pero, oiga, no tengo nada de dinero. Eso fue lo que acerté a decir, oh Dios, qué imbécil era. ¿Pero te gusta la conguita ésta? Viene de la selva peruana. Y yo, como un gilipollas, sí, sí, claro que me gusta. Pues nada, te la tiras todo el tiempo que quieras; invito yo. ¿Que me invita? Sí, sí, disfruta, coño; mañana me acompañas para hacerme un favorcillo de nada y ya está.

Y ya estaba. El tipo se dio la vuelta y no acerté a decir nada. Maribel meneaba la cabeza, pensando Dios mío... La puerta se cerró. Hacía tanto frío en ese cuarto. Oía llover con ganas sobre el asfalto. Oía de lejos la música de una trompeta. Con ese frío se me quitaron las ganas de desnudarme. No sabía qué hacer. No sabía qué decir. Me quedé pensativo. Tenía ganas de saltar por la ventana del cuarto. Finalmente solté una tontería, otra más, la penúltima de aquella noche.

- He estado en el cine. Están echando *Esplendor en la hierba* en el cine Londres. Cuando dije eso no sé cómo no me abofeteó la cara hasta dejarme sin dientes. Quizás porque la pena a esas alturas de la película ya le había podido. Seguramente porque vio que no iba a tocarla ni un pelo, más que nada porque no tenía ni fuerza ni ánimo ni argumentos. Dios santo. Era tan niña como yo, era una vocal tan bien dibujada, tan ligera en el espacio, con los dientes tan blancos que parecían de leche. No llegaría a los cincuenta kilos y su melena era espesa y divertida. Me hubiera pasado toda la noche peinándola.

Se fue hacia la cama y se sentó en el borde del colchón. El cuarto olía a humedad, como huelen las bodegas cuando el vino ya ha fermentado del todo. Y ese olor me provocaba más frío. Se empezó a limar las uñas. Para nada unas uñas pintadas y largas, recargadas como son habitualmente las uñas de las putas. Eran sólo unas uñas mordidas, cortas, de niña intranquila. Al tiempo me miró y me dijo: “No sabes en el lío que te has metido por empeñarte en verme calata más de cerca”. La entendí perfectamente. Entendí sus palabras y entendí mis miedos, el fragor de un destino que ya había echado a andar.

Salí de la habitación como alma que lleva el diablo. Más ruidoso que una estampida. El tipo que había salido del cuadro de Hooper emergió de la puerta contigua. No dijo ni media. Sólo sacó la pistola y apuntó con confianza a mi pierna. Un disparo es una punzada fría. No quema como se piensa. Una herida de bala parece una hoguera que mana sangre por todas partes, pero no es eso, una herida de bala es un estanque frío que flota encima de la piel.

La bala me reventó el gemelo de la pierna izquierda, ese músculo juvenil y bucólico, como esencial y blando, elástico como debería ser cualquier juventud que se precie. Todo a tomar por culo. Recordarán que he dicho que todo estaba por estallar. El tipo vino mientras se sonaba los mocos. Así de fácil era todo. ¿Dónde ibas, joder, dónde ibas con esas carreras? Y ahí fue, comido por el dolor, aceptando que mi vida iba a ser otra cosa, que no había marcha atrás ni más espejo que la pistola huraña del tipo, la puerta entornada del cuarto de Maribel, la puta luz roja del corredor, como si fuera una eterna sala de revelado, todas esas cosas infames y siniestras, me habían diseñado otro futuro, otro porvenir. Fue entonces cuando dije la última tontería de aquella noche: “Yo es que a quien vine buscando aquí es a Natalie Wood”.

\*

La mañana que me llevaron a conocer a Rui llegué a su casa cojeando y muerto de miedo. Nunca cicatrizó bien el balazo de la pierna porque nunca me lo cosieron bien. Un enfermero al que le gustaban las putas tanto que se convirtió en un misterio, me extrajo la bala y me cosió la herida de la pierna. Yo temblaba como una virgen y él me

decía de muy malos modos que no era para tanto. Se llamaba Giacomo y olía mal, estaba siempre en el club de la Rua Industria y era amigo de Enzo Arduini, sí, el tipo que parecía que se había escapado de una pintura de Hooper. El tipo que me llevó a conocer a Maribel y el tipo que me disparó cuando me fui corriendo por el pasillo. Napolitano. Mano derecha de Rui en aquellos tiempos, si esa tontería de la mano derecha con Rui se puede utilizar.

Me cosieron en la cama de Maribel. Pero no había rastro de ella. Había desaparecido y no me llegó ni una palabra sobre el asunto. A saber dónde la llevarían... Recuerdo sobre todo el frío que tenía. Un frío tan contundente que casi me hacía olvidarme del dolor de la herida y de la operación que me hizo aquel enfermero de ademanes afeminados, que en cuanto intuía la presencia de una de las chicas curioseando se ponía más cachondo que un perro y perdía el pulso.

Me tuvieron allí un par de días. No me dieron mal de comer y de vez en cuando alguna de las chicas hacía las veces de enfermera y me traía bebida y me cambiaba los apósitos de la herida. Pero nunca Maribel. A veces yo les preguntaba a las otras por ella y éstas nunca me contestaban, únicamente me miraban con desolación. Me trataron con compasión y puede decirse que con cariño. Pero nunca me hablaban mucho y nunca, nunca, las oí reír.

A la tercera mañana de estar en el burdel, Enzo entró en mi habitación y me dijo que ya estaba bien, que nos íbamos para que conociera a Rui. Llevaba su sombrero clásico y parecía que hubiera estado pugnando por el Halcón Maltés toda la noche. ¿A quién?, pregunté yo. Al jefe, si te vas a enterar bien de todo, me dijo él. Nos subimos en un coche oscuro, solos, él y yo, y me empezó a decir que sentía lo de la pierna, pero que correr no sirve para mucho en la vida, que cómo andaba yo de valentía, de huevos, que si los tenía bien puestos, que si quería tener un trabajo como Dios manda, follando mucho, cobrando buen dinero, sin hacer nada del otro mundo. Yo ni hablaba ni pasmaba. Recuerdo, más bien, que me preocupaba que el coche, de motor débil, se quedara sin fuerza para subir todas esas cuestas del demonio que había que escalar para ir a conocer al Barbas allí donde vivía, en último cerro de Lisboa.

No tardamos mucho en llegar. Era casi la hora de la comida. La herida me dolía

como si me estuviera picando continuamente una abeja. Rui estaba en el cobertizo de su casa, donde siempre, con la misma postura y con la misma semblanza que tenía cuando murió. Cuando le vi la primera vez era igual de viejo que el día antes de morir. No tenía allegados o eso se decía, sólo una mujer que campaba por su casa y se encargaba de las cosas domésticas. Con el tiempo de servicio fui constatando una de mis sospechas: los que conocían de largo a Rui aseguraban que llevaba siendo igual de viejo más de treinta años, y era verdad: Rui Heredia, que era viejo, dejó de envejecer un día y ya siempre fue igual.

Me miró largamente, no de arriba abajo, sólo me miró los ojos con crudeza. Al cabo de un rato me dijo que tenía hambre. Fue lo primero que me dijo. Yo me sobresalté y Enzo se empezó a reír sonoramente hasta que Rui giró la cabeza y le echó una ojeada rápida.

- ¿Alguna vez has matado una gallina? – me dijo Rui mientras sacaba de la pitillera un cigarrillo de enrollar que ya tenía preparado.

- No. Yo no sé cocinar – le dije, si es que acaso la voz me salió del cuerpo.

- No te he preguntado si sabes cocinar – dijo con una voz neutral, pero una voz neutral a punto de encolerizarse, siempre tuvo esa voz neutral a punto de encolerizarse –; lo que quiero es que mates una gallina para que Isabel me haga un buen arroz.

- Bueno, si usted quiere eso...

Se metió los dedos en la boca y esculpió un silbido atronador. Al momento salió una mujer entrada en años, con pintas de no haber hablado en su vida, con un moño espeso como un puño. Llevaba una jaula grande con una gallina hermosa que miraba el mundo con la ansiedad con la que miran los que tienen claro que van a morir.

- Ahí la tienes. Isabel te ha traído mi almuerzo para que lo apañes.

Me quedé parado, sin saber qué hacer, tal vez esperando a que me dieran un cuchillo o algo que cortara. La pierna me dolía cada vez más. La gallina cacaraqueaba con una amargura inconcebible. Deseé con todas mis fuerzas no haber ido al cine Londres aquella noche.

- Señor –dije con un capilar de voz al cabo de mi momento de noqueo-, dígame

cómo lo tengo que hacer.

- Ya no se sabe nada de las cosas importantes. Joder. ¿Pues cómo se va a hacer? Coges a la gallina con un par de huevos y le retuerces el pescuezo. Hasta que el peso de la cabeza cae a plomo. Oirás que el cuello le suena igual que cuando te crujen las rodillas.

Titubeé. Rui se empezó a cabrear en serio. Con su manera de mover las manos me lo empezó a comunicar. Me armé de valor y me acerqué a la jaula. Abrí el cerrojo que chirrió como si estuviera abriendo la puerta de un castillo clausurado. La gallina ya se había vuelto loca. En el instante de duda que tuve, el animal se escabulló y empezó a andorrear con una danza telúrica, como si fuera el centro de los festejos de una tribu africana. Rui no dijo nada sólo miraba el baile de la gallina mientras fumaba con los ojos muy llenos de algo que al menos yo no sé describir a ciencia cierta.

Perseguí la gallina como si la vida me fuera en ello. Cojeando, con los puntos de la herida tensos como alambres, a punto de saltar de nuevo por los aires. Era como si de pronto, con mis movimientos doloridos, me hubiera sumado a la danza propuesta por la gallina. Era un espectáculo atroz. Por un segundo me dio la sensación que ese baile jamás iba a acabarse. Pero una de las veces que la gallina pasó por debajo de la hamaca de Rui éste la agarró sin mirarla si quiera, justo del pescuezo. Me la mostró como si fuera un trofeo de guerra y le apagó el cigarro en un punto de cuello. El animal estaba ahora petrificado, madurado por un terror inasumible.

- Ahí es donde le tienes que crujir el cuello – dijo Rui señalando el punto donde el cigarro se había apagado-. Mátala ya de una puñetera vez que ya se está haciendo tarde.

Cogí la gallina con decisión. La miré a los ojos y vi en su mirada la figura de una despedida, un fotograma de una película antigua. Qué sé yo que tonterías más. La cogí del cuello, parecía que tenía una cuerda entre mis manos. Fue entonces cuando de un movimiento brusco empujé cada mano en una dirección diferente. Y se oyó un crujido en aquella mañana silenciosa en lo alto de Lisboa. La cabeza de la gallina cayó a plomo. La señora del moño eterno, que llevaba un rato viendo la escena en el umbral de la puerta, se apresuró a cogerla. Y se fue con el animal dentro de la casa.



- Mira, ya has aprendido algo importante: matar una gallina de campo es algo que cualquier portugués tiene que saber – parecía su voz más condescendiente, en realidad nunca le escuché a Rui un acorde tan condescendiente como aquella vez.- Dime cómo te llamabas.

- Ismael Meirelles – dije ahora más lleno de confianza.

- Ismaelinho... - dijo como si estuviera relatando o evocando algo – vas a empezar a vivir bien. Sí, sí. Ya verás cómo tus días de aburrirte y de hacerte pajas se han acabado.

Definitivamente ya no supe qué decir. Y sólo pude asentir con la cabeza.